

Aquí de una querida
Madre, el cadáver mora,
Mientras desde otra vida
Al hijo que la llora
Su alma inquieta y solícita
Busca llena de afán;

Y los brazos le tiende,
Y amante le bendice,
Piadosa le defiende,
Y allá á solas le dice:
¿Quién en la tierra lúgubre
Sabe como yo amar?

Allí una prometida
Esposa, en cuya frente
Aun reposa encendida
De amor la llama ardiente,
Y solo un deseo único
Guarda en su seno fiel;

En busca de su amante
Baja del alto cielo,
Diciéndole constante:
Si en ese adusto suelo
Miras yermo mi tálamo,
¿Qué te detiene en él?

Acá un estrecho amigo,
Que en niñez inocente,
Para apoyo y abrigo
Nos dió el cielo clemente,
Que nuestras plantas débiles
Supiese encaminar.

Presente, aunque invisible,
Dirige nuestros pasos,
A la pena sensible,
Sensible á los acasos,
Del que en desiertos áridos
Aun se mira vagar:

Allá un querido hermano
Que al espirar nos nombra,
O bien de un padre anciano
La venerable sombra,
En el postrero término
Fijan llorando el pié;

Y recuerdan que un techo
Sombra les dió y asilo,
Do fué comun el lecho,
Mutuo el hogar tranquilo,
Y do un amor recíproco
En todos se vió arder.

Cae del materno seno
Al sepulcro el infante;
Baja de lauros lleno
El guerrero triunfante;
Se hunde el anciano trémulo,
Muere el jóven feliz:

Nos roba hora por hora
La muerte despiadada
Prendas que el alma adora:
Siempre una voz amada
Nos dice desde el túmulo:
“¿Te olvidarás de mí?”

¡Oh! qué dulce es regar, prendas queridas,
Con llanto vuestras tumbas silenciosas!
Vosotras sois mitad de nuestras vidas;
¿Cómo olvidaros, pues, prendas preciosas?

Al correr la estension que el tiempo mide,
Volviendo á ver de juventud la huella,
El alma, que en dos partes se divide,
Al sepulcro consagra la mas bella.

¡Oh tú, Dios de bondad, cuya clemencia
Nuestros padres rendidos imploraron,
Halle piedad el llanto á tu presencia,
Que por ellos sus hijos derramaron!

Si humildes en el curso de su vida
Recibieron los golpes de tu mano,
Si ella fué de sus labios bendecida,
Su esperanza y amor no sean en vano.

Al paso que tus juicios reverencio,
Mi pecho de esperanza se reviste,
Y pregunto, ¿por qué tanto silencio?
¿Nunca se animará este polvo triste?

Si estas yertas cenizas nos hablaran
¿Cuánta felicidad revelarían!
Del Eterno las glorias publicaran,
Y à la region de amor nos llamarían.

Hoy al ausente que por ellas clama
Dicen con muda voz, que son dichosas,
Que mas perfecto amor su seno inflama,
Y de inmortalidad ciñen las rosas.

Su espíritu inmortal ¿à dónde mora?
¿Sobre qué otra creacion feliz se encumbra?
¿Qué otra luna lo ilustra, qué otra aurora?
¿Qué nuevo sol mas fúlgido lo alumbra?

¿Absorto vive en el incendio eterno
Del Ser inmenso, en éxtasis profundo,
Ya sin memoria del afecto tierno,
Que animó su ecsistencia en este mundo?

¿El sepulcro cruel rompió los lazos
Que forman de la vida las delicias?
¿De una querida madre los abrazos?
¿De una adorada esposa las caricias?

¡Ah, no, jamas! que si la tumba helada
Cubriese lo que fué en su centro oscuro,
El alma que aquí gime aprisionada
Nó aspirara á vivir en lo futuro.

Unidos á tu esencia Soberana,
Conservan los humanos corazones
Dulces memorias de la vida humana,
E impetran para aquí tus bendiciones.

Dales tu gloria, olvida sus errores.
Abreles tus entrañas de clemencia,
Y su arrepentimiento y tus favores
Restituyan en ellos la inocencia.

Fueron seres inconstantes,
Sombras de solo un momento,
A nosotros semejantes:
Polvo que se lleva el viento,
Sueños de la noche errantes:

Que si à los preceptos sábios
De tu ley rebeldes fueron,
Provocando tus agravios,
Al fin á tí se rindieron,
Pidiendo perdon sus labios.

Si tú la luz determinas
 Juzgar, convertida en sombra
 Queda en tus manos divinas;
 Y el ser que humano se nombra,
 Muere, si tú lo ecsaminas.

Ante tí, la frente oscura
 Muestra la misma inocencia,
 Temblorosa y mal segura;
 Y vacila á tu presencia
 Del cielo la inmensa altura.

Das à torrentes la vida
 Fuente de inmortalidad,
 Que derrama sin medida
 Su propia felicidad,
 Sin dejarla reducida.

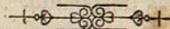
Si miras con alegría
 El sol parece en el cielo:
 De la eternidad sombría
 Sacas siglos, que en su vuelo
 Son á tus ojos un dia.

Tu voz la creacion repara
 Y la vuelve floreciente:
 El tiempo, si quieres, para:
 ¡Nunca de tí se separa
 Lo pasado y lo presente!

Son tus desiguales obras
 Para tu cuidado iguales,
 Nada pierdes ni recobras:
 Por tu misma esencia vales,
 Y á todo contigo sobras.

Tú de la naturaleza
 Orígen y fin tambien,
 En cuya suprema alteza
 Nunca acaba, nunca empieza,
 Mas vive perpetuo el bien:

Pon, ¡oh Soberana Esencia!
 Nuestra nada en tu balanza:
 Mueva â piedad tu clemencia
 El ruego, que la esperanza
 Derrama aquí á tu presencia.



LOS RECUERDOS.

TRADUCIDOS DE ALFONSO LA-MARTINE.

SIGA el tiempo su carrera
Sin dejar rastro de sí,
Siempre vivirás en mí,
Sombra de mi amor postrera.

Los días de mi edad pasada
Se acumulan á mis piés;
Como la encina que ves
De sus hojas despojada.

Agobiada está mi frente,
Mi sangre corre embargada,
Como de nieve cuajada
En el invierno la fuente.

Pero tu imágen brillante,
Que mi memoria embellece,
Nunca en mi afecto perece,
Siempre nueva y siempre amante.

Tú aliviabas mis enojos
Y eras aquí mi consuelo,
Te fuiste, y allá en el cielo
Te encuentran hora mis ojos.

Allí te miro, adorada,
Y me acuerdo de aquella hora
En que fuiste con la aurora
Al empíreo trasladada.

Tu belleza fresca y pura
En el cielo te acompaña,
Y tus yertos ojos baña
La inmortalidad segura.

Todavía tus rizos bellos
Bajan por tu cuello hermoso,
Cuando el zéfiro amoroso
Mueve sutil tus cabellos.

Y en su sombra pasajera
Tu imágen queda velada,
Como estrella en la alborada
Entre la nube ligera

Del sol la celeste lumbre
Nace y perece en un día;
Pero tú en el alma mía
Luces siempre por costumbre.

Lleno de ilusion te miro
En el desierto, en el cielo:
Te retrata el arroyuelo:
El zéfiro es tu suspiro.

Cuando la noche domina
Oigo el viento murmurar,
Y me parece escuchar
En sueños tu voz divina.

Si en sus sendas inmortales
Miro absorto las estrellas,
Me parece ver en ellas
Tus miradas celestiales.

Cuando el aura mansa espira
 Perfumada con las flores,
 Yo percibo tus olores
 En el aliento que espira.

Mi llanto tu mano enjuga,
 Cuando en el templo postrado
 Mi corazon lastimado
 A los pesares madruga.

Si duermo, tu sombra vela,
 Cubriéndome con sus alas,
 Y el camino me señalas
 Porque tanto el alma anhela.

¡O si por dicha tu brazo
 Cortase el hilo á mi vida,
 Mitad del alma querida,
 Despertará en tu regazo!

Como dos llamas unidas
 Y dos suspiros mezclados,
 Viviríamos enlazados
 Con las almas y las vidas.



EL AISLAMIENTO.

TRADUCCION DE ALFONSO LA-MARTINE.



BAJO la antigua encina en la montaña
 Al trasponer el sol, triste me siento,
 Viendo de allí perplejo y macilento
 Rico el cuadro, que ofrece la campaña.

Aquí, la onda risueña y presurosa
 Nace sonando en la arboleda amena,
 Allí, en el lago espéjase serena
 De la tarde la estrella luminosa.

Tras las selvosas cimas de aquel monte
 Sus postrimeros rayos lanza el día,
 Entre nubes de plata el carro guía
 La luna, dominando el horizonte.

Desde la torre gótica resuena
 Llamando á la oracion, el bronce herido:
 Párase el caminante conmovido
 Y de fervor y amor su pecho llena.

Ven el cuadro feliz mis ojos yertos
 Sin tierna conmocion, sin dulce calma:
 Aislada pasa por la tierra mi alma,
 Y el sol no alumbra mis sentidos muertos.

LA ENTRADA DE LA NOCHE.

TRADUCCION DE LA-MARTINE.

Y A la muda noche llega,
 Hora de tranquila calma
 En que á sus solas el alma
 A sus pesares se entrega.

La sombra tiende su velo,
 Mientras el lucero hermoso
 De la tarde, misterioso,
 Tiñe con su luz el suelo.

La antigua encina sombría
 Se conmueve y estremece:
 Como evocada aparece
 La sombra en la tumba fría.

En esto el espacio hiende
 Un rayo de luz nocturna,
 Dá en mi frente taciturna
 Y mis afectos enciende.

Reflejo de Dios hermoso,
 Rayo encantador, ¿qué quieres?
 Tú, que mis pupilas hieres,
 Ilustra mi alma piadoso.

¿Desciendes por revelarme
 Los misterios de otros mundos,
 O los secretos profundos
 Que plugo al cielo ocultarme?

¿Tu ignoto poder alcanza
 A dar á un triste consuelo?
 ¿Eres enviado del cielo
 A mantener su esperanza?

¿Consolarás al que llora
 Con el porvenir oscuro?
 ¿Serás del siglo futuro
 Principio de nueva aurora?

Contigo el seno se inflama
 En ardor ya conocido.:
 ¿Si estará contigo unido
 El bello espíritu que ama?

¿Del alto cielo radiante
 Bajas con la amada mía,
 Aquí, en ausencia del día,
 A consolar á su amante?

Dulce encanto de mi vida,
 Léjos de un mundo profano
 Deja que bese tu mano,
 Que vea tu imágen querida.

Derrama en mí paz y amor,
 Vivifica el pecho mío,
 Viva yo con tu rocío
 Como en los campos la flor,

Mas ¿qué miro? el ancho cielo
 Con densa nube se cubre,
 Y el dulce rayo me encubre,
 Y huye con él mi consuelo.

EN LA MUERTE

DE LA SEÑORA

DOÑA JUANA ARGÜELLES

DE SEGURA.

EN tierna juventud la flor hermosa
De candor virginal ornó su frente,
Después su pecho conservó inocente
Blando amor y modestia ruborosa.

Esposa fiel, amante cariñosa,
Madre ejemplar, cristiana, diligente,
La halló Dios con la lámpara luciente
Encendida en su mano cuidadosa.

En larga enfermedad, con prueba dura,
Y de resignacion humilde llena,
El cáliz apuró de la amargura:

Mas libre ya su espíritu de pena,
Inundada de gloria y de ventura,
Reina del cielo en la region serena.



LA INMORTALIDAD.

DESFALLECE la llama de la vida
Cediendo por momentos. En mi seno
Brilla fugaz, cual tímida centella
Entre nieblas y sombra vaporosa;
Y la noche sulcando las esferas,
Cercada del temor y del silencio,
Se enseñoorea del orbe consternado.

¡A cuántos estremece esta memoria,
Helados de pavor! Del precipicio
Retroceden temblando, y les parece
Que oyen sonar el canto de la muerte,
Los postreros suspiros de un amante,
De un caro hermano el último gemido,
O los fúnebres ecos y clamores
De la triste campana, cuando anuncia
Que dejó de vivir un desgraciado.

No así á mis ojos, muerte, te presentas
Armada con la espada destructora
Que aniquila mi ser, sino vertiendo
En mis heridas bálsamo precioso.
Para templar en los mortales pechos
El bárbaro dolor que los destroza
El brazo del Eterno te destina.
Libertas, no destruyes. En tu diestra
Resplandece la luz indeficiente,

Con que diriges mis errantes pasos
De la aurea Eternidad en los caminos;
Y en ellos la Esperanza me señala
El término feliz de mi carrera.

Libértame del peso que me agobia,
Y rompe las cadenas que me enlazan
A este cuerpo de barro. En las alturas
Deja que goce de perpetua vida,
Y de soláz, y holgura sempiterna
Y contento purísimo y perpetuo.

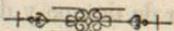
¿Mas qué Espíritu es este, que me anima
Y estrechamente en mis entrañas mora,
Cual incógnito huésped? ¿Vino acaso
De la region etérea descendido?
¿Habitaba los astros rutilantes,
Que en el silencio de la noche amiga
Me inspiran con su luz los sentimientos
De amor y de virtud? ¿Por qué bajaste,
Eterno habitador del alto empiro,
De esa mansion de luz y de reposo,
A esta mansion de lágrimas y duelo,
Y te encerraste dentro el cuerpo frágil,
Tomando parte en las miserias mias?
¿Qué nudos, qué resortes tan secretos,
Te unen á la materia, de tal modo,
Que por su mediacion obras, te agitas,
Te mueves, gozas, y tambien padeces?
¿Eres eterno, dime? ¿Precediste
A la creacion del globo en que habitamos,
Y unido con los coros inmortales,
En la primera aurora de los tiempos
Cantabas al Criador sonoros himnos?
¿O fuiste de sus labios inspirado
En aquel mismo instante, en que se supo
Que un hombre era en la tierra concebido?

Separada algun dia de la materia
¿A dónde vuelve el alma? ¿qué otros mundos
A su estado futuro se preparan?
¿Gozará de otro sol, de otras esferas,
De otros rayos de luz, de nuevas auras,
De otro principio de placer y vida,
Con que volviendo al seno de do nace
Permanezca impasible? ¿O baja acaso
Al espantoso reino de la nada,
Y leve sombra huye y se disipa,
Muriendo allí sus glorias y esperanzas,
Y tambien sus recelos y temores?
¿Corre la misma suerte el varon justo,
Que con valor heróico y frente erguida
Sofocando en su pecho las pasiones,
Osó el torrente contrastar del vicio;
Y el blando y muelle, que cual vil esclavo
Cedió á su impulso, y se postró indolente
Ante las aras del nefario crimen,
Negando al cielo adoracion y culto?
¿Es la santa virtud un nombre vano?

No, que yo siento dentro el pecho mio
Renacer un valor, un noble aliento
Que por nuevos caminos me conduce,
Y á mas altas empresas me levanta.
No es aquesta mi patria. Yo he nacido
Para sobrevivir á las edades,
Y vencedor de tiempo y del acaso
En la esfera reinar. ¡Ah, quién me diera
Aprocsimar al postrimer instante,
En que recobre el inmortal derecho,
Que del Criador me fuera concedido!

¡O recuerdo dichoso! tú me alientas,
Tú arrebatas mi espíritu y lo enciendes,
Tú concedes al ánimo agitado
El reposo y quietud que habia perdido.

En la profunda huesa sepultado,
 Mezclado con el polvo y las cenizas
 Mil siglos estaré, todo entregado
 Al pavoroso reino de la muerte.
 Y mientras en la tierra se renuevan
 Las mudanzas sin término y las ruinas,
 Y nacen y prosperan las naciones,
 Y mueren y terminan los imperios,
 Y mientras en carrera sosegada
 Circularen los astros rutilantes,
 Y el sol brillare en su remota esfera,
 Yo dormiré tranquilo, sin que pueda
 Abrir los ojos al dolor y al gozo.
 Mas cuando suene la señal tremenda
 Del postrimero dia, reanimados
 Alzaránse mis huesos, y el sepulcro
 Restituirá la presa que encerraba.
 Unido con los coros celestiales,
 La sien ceñida de laurel triunfante,
 Veré á mis piés rodando las estrellas,
 Y gozaré la luz inaccesible
 Que en torno cubre el sólio del Eterno.



A LA BUENA MEMORIA

DEL SEÑOR

DON JOSE NICOLAS DEL LLANO,

CURA PARROCO QUE FUE DE ORIZABA.

Reposaba sobre él indeficiente
 La clara llama de la Fé sagrada,
 La Esperanza animaba su mirada,
 Su corazon la Caridad ardiente:

Colocaba en sus hombros diligente
 A la oveja perdida y descarriada,
 Y en la ara, ante la Víctima adorada,
 Alcanzaba perdon al delincuente.

Derramaban sus labios, siempre pura
 Semilla de verdad y de doctrina,
 Que fruto copiosísimo asegura:

Era para el enfermo medicina:
 Para su grey, consuelo en la amargura;
 Y hoy, recuerdo que al cielo la encamina.

